

M. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, *La teoría nietzscheana del conocimiento*, Madrid, Eutelequia, 2010.

«Das Tun ist alles»

Nietzsche, F., *Zur Genealogie der Moral*, I, §13.

En *La teoría nietzscheana del conocimiento* –reedición de su tesis doctoral de 1983– Mariano Rodríguez González se propone mostrar la dimensión positiva de la filosofía nietzscheana a partir de la parte del pensamiento del filósofo más personal y estrechamente vinculada a sus vivencias, es decir, su teoría del conocimiento.

El punto de partida habría que situarlo en la concepción nietzscheana del lenguaje. Para el de Roecken en el origen del lenguaje no está la lógica, sino la retórica. Es la metáfora la que configura originariamente el lenguaje y la sociedad la que le da el troquelado definitivo. Las sensaciones nerviosas adquiridas en la interacción del organismo con el medio son transformadas en imágenes en el espíritu. Primera metáfora. Esas imágenes en el espíritu devienen finalmente sonidos verbales, esto es, palabras, por tanto conceptos. Segunda metáfora. Ahora bien, solamente la autoridad del grupo determinará que palabras resultan definitivamente vinculantes y cuales no. Y ello al servicio de la necesidad de supervivencia. Así se establece socialmente el criterio de verdad y falsedad.

El lenguaje aparece así como un mediador necesario entre el hombre y las cosas. Y un mediador que falsifica desde el origen y socio-históricamente la realidad. A través de la creación y posterior acuñación socio-histórica de la gramática y la semántica el hombre estableció un conjunto de categorías o esquemas interpretativos básicos que conformaron toda una metafísica subyacente al lenguaje y que han configurado la razón filosófica occidental.

Ahora bien, esas categorías, esos esquemas no son lo únicos posibles. La gramá-

tica limita las posibilidades del pensamiento, pero no lo determina unívocamente. De ahí que el proyecto nietzscheano sea el de crear nuevas palabras y fijar otros esquemas interpretativos del mundo, es decir, la *Umwertung aller Werthe* que da lugar a los conceptos positivos de su filosofía: eterno retorno, voluntad de poder, vida, superhombre, etc.

La concepción de la ciencia ocupa un lugar destacado para el pensador alemán. Nietzsche identifica a la ciencia como un desarrollo más del modelo nihilista occidental emprendido por la metafísica griega. La ciencia moderna cree acceder a un mundo verdadero a través de los hechos y de sus leyes. Pero lo único que hace es desarrollar aquello que previamente había puesto en la naturaleza como tal. Sin duda es ésta una tesis kantiana. Únicamente cuando se toma consciencia de ello es posible dejar atrás la metafísica y fundar una nueva ciencia, dirigida por una nueva filosofía, una filosofía postmetafísica. Y el papel de esta filosofía sería precisamente el de intentar introducir nuevos fundamentos en la naturaleza –en su concepción– que constituyan el cauce por el cual desarrolle su actividad la nueva ciencia. Pues bien, a juicio de Mariano Rodríguez habría que situar la tesis nietzscheana del eterno retorno como fundamento filosófico para la nueva ciencia más que considerarla fundada sobre las teorías científicas contemporáneas al de Roecken.

La crítica radical a la noción metafísico-moral de la verdad conduce a Nietzsche a pensar una nueva noción de verdad vinculada a la vida, a la voluntad de poder. El modelo de la adecuación es fallido porque

no es posible acceder a lo real, más allá del lenguaje. Verdaderos serán entonces aquellos errores que conserven y aumenten la voluntad de poder.

El conocimiento está en realidad subordinado a la vida. La razón aparece como un órgano destinado no al conocimiento de la estructura de lo real, sino a la supervivencia. Conocer no es otra cosa que el resultado de la pugna del conjunto de pulsiones del cuerpo, pulsiones con una perspectiva propia sobre el mundo. Cuando el desarrollo evolutivo e histórico del hombre le permite comprender esto y hacer de la suma del mayor número de perspectivas la objetividad

epistemológica surge el modelo cognitivo de la transición al superhombre.

Finalmente señala Mariano Rodríguez cómo extrae Nietzsche su concepto de voluntad de poder a partir de tres tesis epistemológicas tomadas de diversas fuentes: 1. todo constructo filosófico surge de la facultad de la imaginación, participando el intelecto secundariamente en su verificación y estructuración (presocráticos); 2. la materia se reduce a fuerza activa (ciencias naturales); y 3. la (virtud) moral oculta la ambición de poder y de dominio (moralistas franceses).

Ricardo Teruel Díaz

CARBONE, M. *La chair des images: Merleau-Ponty entre peinture et cinéma*, Paris, J. Vrin, 2011, 169 pp.

«El término imagen tiene mala fama porque se ha creído descuidadamente que un dibujo consistía en un calco, una copia, una cosa segunda»¹. Esta denuncia de Merleau-Ponty en *El ojo y el espíritu* deviene uno de los hilos conductores principales del trabajo de Mauro Carbone. Los ensayos recopilados en este breve pero intenso libro indagan de manera exhaustiva las reflexiones que Merleau-Ponty ha establecido en torno a la imagen sensible, con el fin de desanclar a ésta de su caracterización representacionista y deslindar su valor propio. El concepto de imagen es neurálgico en las últimas meditaciones del filósofo, pues se encuentra necesariamente ligado al de visibilidad. La visibilidad, como afirma Carbone, no constituye ni el grupo fáctico de los entes visibles, ni su identificación eidética; por el contrario,

ella aparece como un tejido de diferenciaciones donde lo visible está siempre entretejido por un invisible que es indirectamente mostrado por lo visible mismo. Si la visibilidad constituye el horizonte de aquello visible, el acceso a éste siempre implica un acceso a lo latente, tesis que obliga al filósofo a rechazar el lugar tradicional de la imagen en la filosofía: la aparición de la imagen ya no se articula de acuerdo a una presentificación sino a una presentación naciente insubordinable a otra forma de acceso. Por ello, en la misma noción de imagen se pone en juego la reversibilidad entre lo vidente y lo visible que Merleau-Ponty intentó elucidar con su noción de carne. En palabras de Carbone, la imagen «se revela, de hecho, mucho más ligada a la experiencia del nacimiento que de la muerte, y ella denuncia allí el platonismo subyacente a la opinión con la que lo asocia habitualmente a ella» (p. 10).

1 M. Merleau-Ponty. *L'œil et l'esprit*, Paris, Gallimard, 1993, p. 23.